

Artes y Letras

de toda su vida en una muestra determinada. Por ejemplo, la obra del pintor Zuloaga está ahora en Madrid y la del pintor francés Toulouse-Lautrec en París.

Volviendo a la música, es una ocasión de escuchar obras que quizá por ser inferiores o quizá también por gozar de menos aceptación entre el gran público o incluso entre los aficionados, no se programan nunca.

Así resulta que oímos siempre las mismas composiciones y no ampliamos nuestro acervo musical, ni conseguimos saber por nosotros mismos las verdaderas razones del «desprestigio» de determinadas composiciones que después resultan que se nos antojan magníficas.

A esto se podría argüir que se puede acudir al mercado discográfico; pero todos sabemos que no es lo mismo escuchar un disco por bueno que sea que una composición en una sala de conciertos. Aquél es un magnífico sucedáneo pero nada más. El concierto real, el concierto en directo, incluso con los errores que en ocasiones se cometen, tiene un palpito vital, una comunicación entre el oyente y el ejecutante que no tiene nada que ver con el mundo del disco. La emoción que puede sentirse en una sala de conciertos si la orquesta y su director consiguen comunicar el mensaje del artista que están ejecutando es algo indescriptible, que no se puede sustituir por ningún disco, por perfecto que sea, o una *cassette*, incluso dentro de las técnicas modernas más sofisticadas.

Justicia

En el caso particular de Tchaikovsky decimos que quizá haya influido la relativa proximidad del centenario de su muerte. Pues nuestro compositor de hoy murió en San Petersburgo en noviembre del año 1893, unos pocos días después del estreno de la Sexta Sinfonía (Patética), como consecuencia del cólera que afectaba a la sazón a la capital imperial de Rusia.

Resulta que oímos siempre las mismas composiciones y no ampliamos nuestro acervo musical

La música de Tchaikovsky ha sufrido una evolución por lo demás común en los compositores, salvo en dos o tres genios que son permanentes. Me refiero a que tras una época de esplendor de nuestro artista, considerado como el más representativo de los románticos de la segunda mitad del siglo pasado, hubo otra en que se le condenó al ostracismo y se le consideró superado, una especie de compositor «lacrimógeno y medio loco» que sólo puede dar Rusia.

Ahora se le está haciendo de nuevo justicia y se le vuelve a tener en la estima como un gran compositor, como un excepcional compositor de la etapa romántica de la música.

No olvidemos que Tchaikovsky era ruso. Por eso para interpretarlo nada como la Filarmonía de San Petersburgo. Y esto no es una cuestión baladí; porque en Tchaikovsky se ha exagerado en mi opinión por las orquestas occidentales sus características trágicas o si se quiere patéticas, hasta llegar a edulcorar en exceso su maravillosa música. Nada de esto ocurre con la orquesta citada, a pesar de algún amaneramiento de su director titular Yuri Temirkanov.

El paradigma está en la interpretación escuchada de la Sexta Sinfonía en Si Menor Opus 74 (y última) «Patética». Estamos acostumbrados a que en esta portentosa partitura se exacerbe el patetismo haciendo largos silencios ante los famosos temas, por ejemplo, del primer movimiento. No es así; una cosa es ser romántico y tener una concepción o un

concepto trágico de la existencia (por lo demás muy eslavo en todas las épocas), y otra muy distinta esas interpretaciones de esta maravillosa música que en ocasiones hacían llorar pero más por tedio y morosidad que por exceso de «pathos».

En cuatro días, se interpretaron las Seis Sinfonías; el Concierto de Violín (el solista fue Vladimir Spivakov) y el Primer concierto de Piano (el solista fue Rafael Orozco).

Me interesa centrarme en el comentario relativo a la Tercera Sinfonía. Es con mucho la menos conocida y yo no recuerdo haberla oído nunca. Es lo que decía antes de que siempre se interpreta lo mismo de los mismos.

¿Qué le pasa a esta sinfonía que al parecer no puede competir con las dos primeras frescas y deliciosas y las tres últimas maduras y geniales de su autor? Mi explicación personalísima es que está escrita en tono mayor (Re mayor) siendo así que las otras cinco están en tono menor.

Es indudable que los románticos, en especial los eslavos, adoraban los tonos menores. Habría mucho que decir sobre eso, pero básicamente porque lo consideraban más delicado, o si se quiere más trágico o patético. Como en todo hay opiniones, pero al ser ésta diferente ha quedado como aislada en la producción sinfónica del autor. Además, es larga, tiene cinco movimientos y parece más bien una suite. En una palabra, es menos tchaikovskiana, si se permite la expresión, que las demás.

Pero para nada es menor en calidad. Es sumamente original y en sus pentagramas ya se adivina de un lado a Sibelius y de otro lado a Prokofiev e incluso a Schostakovich, todo ese rusismo musical danzante que a mí me fascina.

En suma, este «revival» de Tchaikovsky en la primavera madrileña me ha parecido muy justo y oportuno y además muy interesante y distinto a lo común.

Emilio Bonelli García Morente es abogado del Estado.



Autor: Oliver Messiaen (1908).

Obra: Sinfonía Turangalila.

Intérpretes: Ivonne Loriod (piano), Jeanne Loriod (Ondas Martenot).

Orquestas: Orquesta de la Bastilla.

Director: Myung-Whung Chung.

DEUTSCHE GRAMMOPHON
431781-2. DDD.

LA gigantesca Sinfonía Turangalila es una de las obras más destacadas y divulgadas del autor. Oliver Messiaen, nacido en Avignon en 1908, es uno de los compositores más importantes de este siglo. Su obra es muy amplia y variadísima. Varios elementos son los que influyen en el lenguaje de este autor: la herencia de la escuela musical francesa, su gran religiosidad y su afán investigador en el terreno del ritmo y en aspectos tan pintorescos como el canto de los pájaros y la música hindú. Su amor hacia la naturaleza le llevó a observar y apreciar todos los ruidos que hay en ella. Son para mí la verdadera música, ha manifestado, si he escogido a los pájaros por maestros es porque la vida es corta y el anotar los cantos de los pájaros es siempre más fácil que la transcripción de armonías del viento o del ritmo de las olas.

Aunque el trabajo de Messiaen está profundamente elaborado en sus aspectos técnicos, ritmos y armonías complejas—él mismo se ha ocupado de exponerlos en su

NOVEDADES DISCOGRAFICAS

Por María José Fontán

Técnica de mi lenguaje musical—, en sus obras están igualmente presentes aspectos más instintivos y espontáneos. Así, creía firmemente en la primacía de la melodía y en la fuerza de la inspiración.

La Sinfonía Turangalila es una de sus obras maestras. Por su dilatada extensión y su estructura en seis movimientos con núcleos temáticos recurrentes, responde al espíritu de la sinfonía. Pero al mismo tiempo es tan destacado el papel del piano, que podría ser considerado como el solista del conjunto. Sobresale también el sonido de las Ondas Martenot, claro antecedente de la actual música electrónica, y que desde su invención en 1928 por Maurice Martenot, tuvieron una importante resonancia entre los compositores franceses de su tiempo.

Turangalila es una palabra sánscrita que significa al mismo tiempo canto de amor, himno a la alegría, tiempo, movimiento, ritmo, vida y muerte. Pero la sinfonía de Messiaen es ante todo un canto de amor. Cuando la compuso en 1948 por encargo de Sergio Kussevitzy para la Orquesta Sinfónica de Boston, se encontraba en una situación vital particularmente sensible. Su mujer, la también compositora Claire Delbos, padecía una seria enfermedad que le mantenía hospitalizada desde hacía nueve años, y por la que hubo de ser internada hasta su muerte. Oliver Messiaen, separado materialmente de ella, se enamoró de su alumna Ivonne Lloriod. Como era un católico ferviente sabía que su amor era

imposible, y sólo en 1962, tres años después de la muerte de Claire, Messiaen contrajo matrimonio con Ivonne. Las obras escritas en este período reflejan la sublimación de estos sentimientos.

Ha sido prácticamente siempre Ivonne Lloriod, extraordinaria pianista, la encargada de interpretar la Sinfonía Turangalila, junto a Jeanne Lloriod a cargo de las Ondas Martenot. Y así fue en su estreno madrileño en 1974 al cual tuvimos la suerte de asistir, con la interpretación de la orquesta de RTVE. Son estas mismas solistas las que aparecen en la última grabación de la Sinfonía Turangalila de Messiaen. Según explica su autor, en los últimos años ha incorporado algunas modificaciones que solo se han registrado en esta versión dirigida por Myung-Whung Chung y la orquesta de la Opera de la Bastilla.

A juicio del maestro, es ésta la mejor ejecución de su obra, estos son los mejores tempi, las más ajustadas intensidades, los sentimientos más verdaderos y la verdadera alegría.

Para Messiaen, muy satisfecho de su colaboración con el prodigioso director coreano Myung-Whung Chung, actualmente director musical de la Opera de la Bastilla de París, esta versión es la que hasta el momento actual debe ser considerada como la interpretación de referencia. Sin duda es una magnífica versión de esta atractiva partitura.

Autor: Jean Sibelius (1865-1957).

Obra: Sinfonía nº 1 en Mi menor Op. 39.

Intérpretes: Orquesta Filarmónica de Viena.

Director: Leonard Bernstein.

DEUTSCHE GRAMMOPHON 435351-2. DDD. GRABADA EN DIRECTO EN EL MUSIKVEREIN DE VIENA.

SIBELIUS en Finlandia. Su música es un canto a su tierra, a su pueblo y a los paisajes nórdicos que tanto amaba. Sus obras más directamente descriptivas están inspiradas en leyendas e historias populares de su país, y sus partituras más abstractas son la plasmación en música de los sentimientos que le inspiraban la inmensidad de los paisajes finlandeses, sus lagos y bosques, el silencio y la soledad de sus llanuras.

La figura de Sibelius ocupa un lugar muy singular en la música escandinava. Sin apenas tradición musical, alejada de los centros de actividad musical de Europa, Finlandia no había tenido hasta entonces músicos sobresalientes. Aunque Sibelius poseía un estilo entre romántico y nacionalista más propio del siglo anterior, se convirtió en pleno siglo XX en el músico nacional por excelencia. A través de su música, los finlandeses experimentaron un despertar nacional y el compositor fue aclamado como un verdadero héroe.



Herederero de la tradición romántica, dos músicos ejercieron una poderosa influencia sobre él: Grieg y Tchaikowsky, cuya obra conocía en profundidad y a los que admiraba mucho. De hecho, en la *Primera Sinfonía* (1899) son claras las resonancias tchaikowskianas, pero también evidentes sus dotes en el dominio de la forma y de la orquesta.

Al igual que las otras seis sinfonías compuestas con posterioridad, la *Primera* es una obra fácil de escuchar, esto es, es fácilmente digerible para un gran público. Sin embargo la obra de Sibelius no ha llegado a tener en los países latinos la misma entusiasta acogida que le ha dispensado el público anglosajón, especialmente en Estados Unidos, donde ya en vida el compositor obtuvo muy buen recibimiento.

La *Sinfonía nº 1 en Mi menor* es muy clásica en la forma y romántica en la expresión, algo manirista en su desarrollo pero también muy finlandesa.

Leonard Bernstein grabó esta Sinfonía en un concierto en directo en el Musikverein de Viena en Febrero de 1990. Muchos críticos han señalado que en el último año de su vida, Bernstein ha realizado algunas de sus mejores interpretaciones y en esta grabación pone de manifiesto una gran madurez en la ejecución de esta serena y grandiosa obra. ■

María José Fontán es profesora de Música y periodista.